

Impresionismo

Antonio Cobos Soto

Arbor CLXV, 649 (Enero 2000), 1-19 pp.

A mediados del siglo XIX la pintura francesa dormía una plácida siesta muellemente arrellanada en el anchuroso diván de su glorioso pasado artístico.

Habían quedado muy atrás en el tiempo, aunque su recuerdo se mantenía vivo en la memoria de todos los franceses, los nombres de aquellos artistas que, en su pintura de retorno al clasicismo habían incensado admirativamente el Gran Corso Napoleón Bonaparte: los David, Gericault, Prudhom, y Jean Auguste Dominique Ingres....

Recordaban asimismo con fruición y orgullo a dos artistas, que brillaron esplendorosamente, dentro de la pintura del sentimiento que dio lugar al romanticismo francés, Eugene Delacroix, el gran seductor y el expresivo pintor de tipos populares, Daumier.

Y, por supuesto, aquellos felices durmientes decimonónicos paladeaban en sueños las glorias muy cercanas a ellos de los pintores franceses naturalistas y simbolistas. Estaban convencidos de que era muy difícil superar el paisajismo realista creado por Gustave Courbet de cara a la naturaleza, el desenfado preimpresionista de la pintura de Corot, la naturalidad de Theodore Rousseau, y las creaciones campestres de Millet. Y otro tanto les sucedía con las obras conseguidas mediante grandes trazos por Daubigny, con los bocetos deliciosos de Boudin y con la pintura mitológica de Gustave Moreau.

Pero, un buen día del año 1874, aquellos felices durmientes se despertaron sobresaltados porque un grupo de supuestos innovadores, entre los cuales se encontraban por cierto Manet, Renoir, Monet, Pissarro y Edgar Degas, habían presentado al «Salon des Refuses», unos cuadros antiacademicistas, con extraña dicción y sin ultimar. El más representativo de los cuales, firmado por Claude Monet, se titulaba: «Impression: soleil levant».

Aquella imprevisible irrupción, en cierto modo juvenil, provocó la reacción violenta de algunos Profesores y Críticos parisienses, otros los ignoraron despectivamente, y no faltaron los que les tomaron a chacota.

Es muy posible que no se tratase de unos audaces sino de unos socarrones que lo que pretendían era divertirse presentando bocetos como si fueran obras definitivas.

Pero lo cierto es que, los profesores de Arte, al tener que estudiar en profundidad esas obras inconclusas, extrajeron en esa indagatoria teorías y conclusiones artísticas que hacían subir muchos enteros a los valores conceptuales de las mismas.

Para calibrar mejor esos valores, lo práctico es estudiar a fondo las características fundamentales de la pintura por impresión, y seguidamente rememorar las dosis de impresionismo puro que pueden percibirse en la pintura de todos y cada uno de los artistas galos integrados en el movimiento impresionista por alguna razón con suficiente peso.

Esencialmente el artista, con esa pintura intenta plasmar la belleza de un ser, un paisaje, o una cosa, por medio de una dicción pincelística rápida pero que deje presa en el lienzo de soporte esa primera impresión que le produjo al artista su contemplación en un momento dado. E intenta además conseguirlo prescindiendo del color negro, pero eso sí, todos los colores del espectro. Y sobre todo está obligado a superponer esos colores sobre el lienzo en lugar de mezclarlos en la paleta.

La luz constituye una obsesión para el pintor impresionista: hasta el punto de que para él no vale la pena pintar aquello con lo que pueden conseguirse efectos lumínicos.

Después de superar su largo calvario la pintura impresionista francesa influyó literalmente a figuras tan señeras como Flaubert, Zola, y los Gouncourt, y a músicos con la talla de Ravel. Cuando ya alboreaba el siglo XX puede decirse que ya se había rebasado la etapa de feroz hostilidad contra la pintura impresionista del profesorado de arte francés y de la sociedad francesa. Hoy en día no pueden comprenderse los porqués de aquella tozuda inquina profesoral contra la pintura impresionista puesto que sus creadores no eran en absoluto artistas vanidosos dispuestos a sentar cátedra: se limitaban a pintar sencillamente cosas humildes, aquella pintura de paisajes, con árboles, riachuelos, y puentes, difícilmente podía satisfacer a los poderosos porque no se veían halagados en ella.

Lo incomprensible del caso es que la clase media francesa se desentendiera de la pintura por impresión, teniendo como tenían tanto

poder de atracción dentro de ella, los paisajes y bodegones por su luminosidad y su júbilo cromático. Y sólo porque, primaba la lucha política por el poder puede comprenderse que los dirigentes no se dignasen estudiar los valores de signo positivo que atesoraba aquel nuevo movimiento pictórico.

Y los hombres de ciencia, que tantas facetas descubrieron en las leyes de la naturaleza fueron tardías. Cuando se decidieron a estudiar los fenómenos ópticos de la pintura impresionista ya había sido esta plenamente aceptada.

Diseccionada por el profesorado e historiadores, la revolución pictórica del impresionismo desapasionadamente, por el discurrir del tiempo, han coincidido en considerar como la cumbre impresionista francesa a la trilogía compuesta por Monet, Sisley y Pissarro: no solamente porque los tres eran paisajistas natos, sino porque en sus creaciones alentaba un impresionismo tan puro como absoluto. Esa pureza que, en los casos de Sisley y Pissarro, provenía de la influencia que tenía sobre ellos la pintura impresionista intocable de Claude Monet.

Fue Monet, sin lugar a dudas, el «pontífice máximo» del impresionismo galo, no solamente porque fue su promotor sino porque le configuró al dotarle de unas características fundamentales que eran de su invención. Incluso, acuñó sin proponérselo el título de Impresionista, en razón del título «Impression: soleil levant» que puso a su cuadro presentado en el «Salon des Refuses».

También coincidieron fundamentalmente los expertos profesoraes franceses al integrar dentro del impresionismo, con una manga muy ancha a Manet, Renoir, Degas, Cezanne, Gauguin, Van Gogh y Toulouse Lautrec, porque la pintura por impresión de estos artistas es episódica, antiacadémica, o bien sólo puede percibirse en dosis casi homeopáticas. Y no digamos en el caso de Eugene Carriere, porque su inclusión en el movimiento impresionista tuvo que realizarse con «forceps». En cambio es lógica la integración de Berta Morizot en el impresionismo porque ella bebió directamente en la fuente clara del impresionismo de Monet. Y también es lógica la inclusión de Odilon Redon, puesto que este intentó crear un «neoimpresionismo» que terminaría diluyéndose en elucubraciones simbolistas.

Pero, como decíamos anteriormente, el mejor sistema para percibir con claridad la configuración del impresionismo francés es el de recordar -sucintamente por fuerza- la vida y la obra de los pintores considerados como impresionistas y diseccionar sus obras para poner al descubierto sus características más esenciales.

Lógicamente hay que conceder la primacía en esta rememoración a la vida y obras del trio constituido por Monet, Sisley y Pissarro, no solamente por ser totalmente representativo del impresionismo puro, sino por las semejanzas y coincidencias de sus paisajismos.

Y como quiera que el más categórico del trio fue Claude Monet, comenzaremos por el Pontífice Máximo del mismo.

Claude Monet

Nació este singular artista en París en el año 1840 y murió e Giverny en 1926.

Era un superdotado para el menester de la creación pictórica. El estaba convencido de ello desde el punto y hora en que le aconsejó que se hiciera pintor Eugene Boudin, cuando el muchacho Claude sólo tenía 16 años. Se pasaba las horas en la playa de el Havre contemplando como pintaban bocetos de paisaje Boudin y su compañero Jonkind.

Y, efectivamente, cuando fue mayor ingresó en la Academia Suiza de París donde entabló amistad con Camille Pissarro.

Cuando, después de cumplir el servicio militar en Argelia, regresó a la «Ville Lumiere», frecuentó el taller de Gleyre, coincidiendo en él con Renoir, Bazille y Sisley; y con ellos precisamente salió con frecuencia a pintar al campo.

Fue para él durísima la profesión de pintor. Puede decirse que hasta el año 1886 en el que vendió por primera vez uno de sus cuadros fue un artista totalmente desconocido. Tuvo momentos de crisis económica que le llevaron hasta la desesperación, y estuvo a punto de suicidarse.

Cuando se encontraba en esa situación ya estaba unido a su modelo Camila y había tenido con ella su hijo Juan. La verdad del caso es que, en los momentos más graves siempre pudo contar con la ayuda de Bazille, que era de una familia acomodada, y también con la de Corot.

Cuando comenzó al fin a tener compradores de sus obras pudo comprar una casita con estanque y jardín en Giverny, muy cerca del Sena, donde vivió solitario y feliz en «espléndido aislamiento» a lo largo de catorce años hasta que falleció en el año 1926.

En la obra de Claude Monet, pueden diferenciarse varias etapas en razón de sus variaciones temáticas, sus preferencias circunstanciales y sus cambios estilísticos.

Cuando recaló en Londres, forzado por las circunstancias de la guerra franco-prusiana se quedó boquiabierto al constatar que, en la pintura de Constable había muchísimo más impresionismo que en la pintura de ellos, los artistas franceses responsables del invento. Y extasiándose ante el paisajismo de Turner, llegó a la conclusión de que la luz podía ser mucho más importante que los reflejos, crepitaciones y cabrilleos, porque merced a ella podían conseguirse neblinas misteriosas e irisaciones poéticas.

Y como quiera que Monet llegó a constatar que el mismo objeto, edificación o paisaje cambiaba de aspecto según la hora, el día o la estación en que se contemplase, acometió el experimento de pintar hasta cuarenta vistas de la catedral de Ruan en diferentes días y horas, y desde diferentes ángulos de enfoque. El éxito que obtuvo con esas pinturas Grepitantes le llevó a repetir dicho experimento utilizando sucesivamente y a lo largo de los años, la ciudad y el parlamento de Londres, Venecia con su dédalo de canales, y la ciudad de París y dentro de ella el bullicio hormigueante de la Estación del Norte de Saint Lazare.

Pero la obra máxima de Monet fue posiblemente por su médula y por proporciones la titulada «Las Nínfeas». Carecía por completo de asunto, puesto que en ella se plamaban las aguas quietas de un estanque en el que flotaban las grandes hojas de nenúfares con sus flores blancas abiertas.

Obra genial que sobrecoge por el misticismo que late en ella, y por su simplicidad temática y compositiva.

Clemenceau, estaba enamorado de ella, y como quiera que Monet era consciente de su difícil venta, el artista se dio el gustazo de regalársela al Estado Francés; y éste correspondió instalándola en el Museo de l'Orangerie del Louvre.

En esta obra, que pintó Monet entre los años 1899 y 1905, fue capaz de introducir una evidente espiritualidad. Es una fabulosa demostración plástica de la identificación del hombre con el Universo. Es un cántico emocionado a la belleza de la naturaleza creada por su «Gran Hacedor».

Alfred Sisley

Este sensibilísimo artista tiene que integrarse por fuerza en el grupo de impresionistas franceses, a pesar de ser hijo de padres ingleses, porque había nacido en París y porque toda su vida artística transcurrió en Francia.

SISLEY. Nieve en Louveciennes



Pertenecía Sisley a una familia acomodada, por ello tuvo para ser pintor toda clase de facilidades. Ingresó para su formación en la Escuela-Taller parisiense que dirigía el suizo Gleyre. Allí trabó amistad con sus compañeros, Bazille, Monet, y Renoir. Y con ellos, así como Courbet y Boudin, iba a pintar cotidianamente al bosque de Fontainebleau.

Pero dicho grupo no estaba muy conforme con la enseñanza de esa Escuela Suiza. Claude Monet fue precisamente el que les animó a dejarla porque era un «recinto malsano», y que era mejor pintar cerca del mar, para disfrutar del cielo, del aire y del agua. Y efectivamente se instalaron en la desembocadura del Sena junto a la plaza de Honfleur, cerca de el Havre.

Sisley era el más discreto y callado de aquel grupo de pintores amigos pero en manera alguna el menos dotado. Edouard Manet admiraba el lirismo y ternura de su pintura y cuando se celebró la «Séptima Exposición Colectiva» del grupo, afirmó rotundamente que la aportación a ella de Sisley había sido la más homogénea y coherente.

Puede decirse que Sisley vivió siempre en la Isla de Francia salvo una estada en el pueblo de Louveciennes, al que pintó cubierto por

la nieve en un cuadro que atesora el «Museo de los Impresionistas» de París, y no todo fue placentero para él. Su acomodada familia se arruinó, y su crisis económica fue muy seria porque no consiguió vender ni un solo cuadro, ni al público ni a los marchantes.

Menos mal para él que uno de estos llamado Durand-Ruel, intuyendo un suculento negocio, comenzó a comprarle sus cuadros aunque a precios irrisorios. Pero como Alfred tenía almacenados centenares de paisajes pudo normalizar suficientemente su situación.

En un principio Sisley siguió las huellas estilísticas de Corot, pero paulatinamente fue asumiendo en sus paisajes las características fundamentales del estilo de Monet. Incluso se convirtió lo mismo que Claude en un fervoroso amante del agua, con sus brillos, cabrilleos y reflejos como lo prueban sus cuadros titulados «La curva de Loring» e «Inundaciones en Port Morly» que guarda el «Museo de los Impresionistas» parisiense. Pero no fue solamente pintor sensitivo del agua, porque también son deliciosos sus paisajes con vegetación umbría y arbolado fastuoso. El secreto de Sisley para aureglar sus obras con belleza estaba en su cabal tratamiento de la luz y en la jugosidad de su paleta.

A pesar de su larga crisis económica, al final de su vida Sisley pudo comprar una casita situada en un bosque cercano a Moret, donde vivió 14 años. La Iglesia y sus alrededores de ese pueblo fueron pintados por el artista amorosamente.

Cuando Sisley sintió cercana su muerte llamó a su lado a Claude Monet. Cuando éste llegó estaba agonizando. El silencioso y sencillo Alfred Sisley era un pintor de primerísimo orden.

Camile Pissarro

Este espléndido artista francés nació en Sainte Thomas de Las Antillas porque su padre, que estaba casado con una criolla, era Director de una factoría antillana.

En el año 1885, cuando llevó a su hijo a estudiar a París, éste asumió los estudios, pero como tenía vocación artística frecuentó los ambientes artísticos de París: por eso visitó los estudios y talleres de la Academia Suiza «Gleyre», donde conoció a Monet, Cezanne y Guillaume, entablando amistad con ellos.

Cuando estalló la guerra francoprusiana tuvo que trasladarse a Londres, donde también conoció la pobreza por ello tuvo que asentarse de nuevo en París. Ahora bien, como también conoció al ladino y apro-

vechado marchante Durand-Ruel, comenzó a vender sus cuadros. Y por eso pudo comprar una casita situada en un bosque, junto al pueblo de Eragny, y allí llevó una vida de trabajo y también de familia, porque tenía siete hijos.

Camile Pissarro tuvo en su pintura influencias transitorias de Cezanne y Degas, pero al fin se asentó de una manera absoluta en el impresionismo vivaz y crepitante de Monet. Y lo hizo con tal entusiasmo que parecen ser «monetianos» sus paisajes titulados «Las tejas» «Las Tullerías», «Los boulevares», «Vista de l'Épicerie», y sobre todo el del «Puente de Saint-Lazare», repleto de gente bulliciosa.

Fue Camile Pissarro un artista sosegado y generoso, que aconsejó debidamente a Gaughin, Van Gogh, y Seurat. Era además un espléndido dibujantes e incluso un gran experimentador dentro de las artes del grabado y la litografía.

Edouard Manet

Es preciso, a nuestro entender, ocuparse de la figura artística de Manet, inmediatamente después de las del trío constituido por Monet, Sisley y Pissarro, porque, a pesar de que en su pintura el impresionismo fue solamente ocasional relativo o contestatario, él era en definitiva el artista con mayor entidad pictórica del grupo: puesto que era uno de los pintores más importantes de Francia y Europa del siglo XIX.

Edouard Manet nació en París en el año 1832, y falleció en el año 1888, pero en esa corta vida de cuarenta años, fue ingente la cantidad de obra que realizó.

Pertenecía a una familia burguesa puesto que su padre era magistrado. Por eso, además de dar satisfacción a su vocación artística nunca pasó los apuros económicos de sus compañeros y amigos, e incluso se permitió de vez en cuando algunos lujos, pero en general llevó una sencillísima vida.

Quiso ser marino pero no lo consiguió porque fue rechazado por la Escuela Naval. En vista de ello se embarcó para un larguísimo viaje por Las Antillas y el Brasil.

Ingresó en París, en la Escuela de Bellas Artes, y más adelante frecuentó el taller de Coutouro. Y además se afanó en la tarea de copiar a los grandes maestros representados en el Louvre.

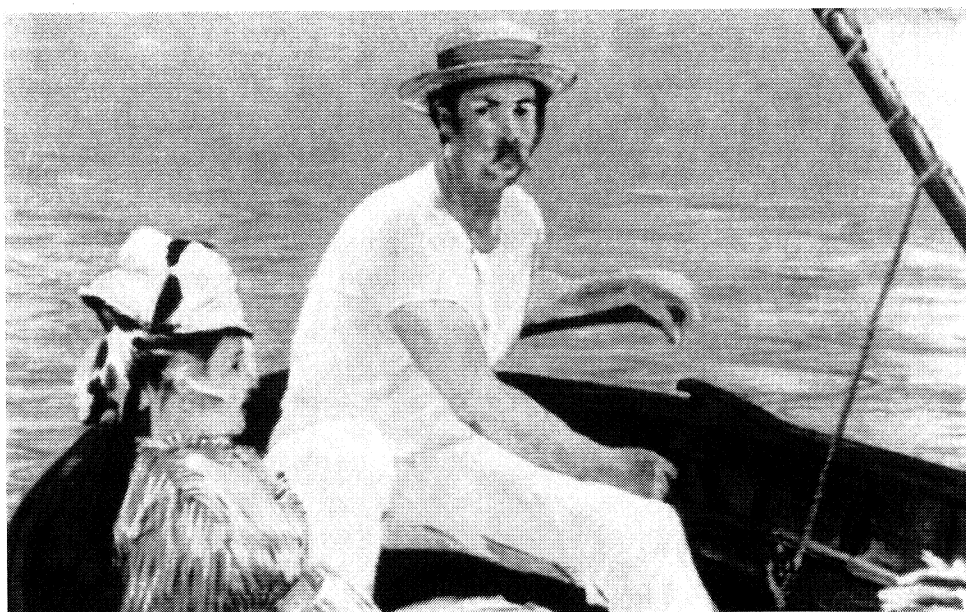
Edouard Manet era un hombre mesurado por su natural afable y por su educación pero cuando se le contradecía al exponer sus ideas estéticas reaccionaba violentamente. En realidad su actitud era con-

tradictoria porque su formación había sido absolutamente académica, pero sin embargo flirteaba con las novedades de los impresionistas. Incluso introdujo en sus pinturas algunos postulados de ellos para contestar a los directores del arte francés que rechazaban sistemáticamente las obras de los del grupo impresionista, y también las suyas de vez en cuando.

Así había sucedido en 1858 con su cuadro «El bebedor de absenta» y así sucedió en el «Salon des Refuses» de 1863, con una de sus máximas obras «Almuerzo campestre». Salió a relucir para rechazarla todo el puritanismo hipócrita de la época, por haberse atrevido a pintar a una mujer totalmente desnuda sobre la yerba en compañía de dos caballeros, uno con boina y otro melenuo. La hipocresía era evidente porque la moral actitud de la fémína a pesar de su desnudez estaba exenta de erotismo.

Y eran contumaces aquellos hipócritas rectores del arte francés, porque en el año 1865 volvieron a rechazar el desnudo de «Olimpia»: una actriz que descansa en un diván y a la que una sirvienta negra la lleva un ramo de flores.

MANET. El barco



Las ilusiones de Edouard Manet de que sus obras tuvieran un reconocimiento oficial, se diluyeron con esos dos rechazos absurdos, y además le impulsaron a aceptar más postulados impresionistas, pero sin convicción de que el grupo impresionista estuviera en posesión de la verdad.

El único postulado impresionista que asumió plenamente es el de la «pintura al aire libre». Y lo probó autorretratándose en su barco-taller sobre el Sena.

A Edouard Manet le encandilo la compañía española de bailarinas «Lola Valencia», pero además le entró el remusguillo de un interés curioso por el erotismo folklórico español: por eso viajó a España en 1866. En Madrid se enamoró de la pintura de Velázquez en sus visitas al Museo del Prado, pero también de las costumbres españolas, y especialmente de la Fiesta nacional de Toros. Por eso pintaría algunas «españolas», como el cuadro «El Matador» del «Metropolitan Museum» de Nueva York. Donde el arte de Manet brilló más esplendorosamente fue en sus cuadros con interiores de bares, cafetines, y salas de fiestas. Y lo prueban cumplidamente dos cuadros deliciosos: el titulado «Camarero con cervezas» de la National Gallerie londinense, y el «El Burdel del Folies Bergere», orgullo del Instituto Courtauld.

En los últimos días de su vida Manet se vio obligado a la quietud en una silla por culpa de su pierna enferma, pero no por eso dejó de trabajar. Fue entonces cuando pintó los retratos de Irma Brunner y Berta Morizot.

Falleció Manet por la gangrena de su pierna en 1883. Su muerte pasó desapercibida para el gran público y los rectores del arte francés la ignoraron deliberadamente, pero en cambio los pintores de su tiempo le admiraban. Ellos si que captaban su genialidad de pintor.

Lo cierto es que si los profesores terminaron por aceptar los postulados impresionistas se debió en gran parte al hecho de que Manet hubiera aceptado para su pintura algunos de ellos.

Edgard Degas

Nació Degas en el año 1834 en París , y en el seno de una familia-burguesa puesto que su padre Augusto Degas era banquero. Al contrario que Manet gozó de una larga vida, puesto que falleció en el año 1917, es decir, 83 años los mismos en que fue pintor, porque aunque al final estaba casi ciego no por ello dejó del todo los pinceles.

DEGAS. Coche de caballos en las carreras



Al terminar su formación en la Escuela Nacional de Bellas Artes de París se trasladó a Italia, y allí viajó con largueza durante dos años, aunque después se estabilizó en París.

En su primera época parisiense tuvo influencias de Matisse, como lo prueba el cuadro «La mujer y los crisantemos» que guarda el Metropolitan Museum neoyorquino.

Como quiera que su hermano, Renato, tratante en algodón, residía en América, Degas se trasladó allí para visitarle. Y allí pintó el cuadro titulado «La bolsa de algodón en Nueva Orleans» que era absolutamente naturalista. Como lo sería más tarde el titulado «El vaso de ajeno», en el que retrató a su amigo Marcelino Desboutin y a su compañera sentados a la mesa de un cafetín y en esa actitud pasmada de «una copa de más».

Pero Degas tuvo realmente dos aficiones que fueron tematica constante en sus cuadros, el escenario del Teatro de la Opera, y el «turf» del Hipódromo. Le encantaba situarse entre las bambalinas del primero para tomar apuntes de las bailarinas con sus tutús de gasa, y en el Paseo del segundo para tomar apuntes de los caballos con sus jinetes.

Son famosas sus dos versiones de «El foyer de la danza» y de «Bailarina atándose las zapatillas» del Museo del Louvre, y los dos cuadros con jockeys y caballos de la colección «Hay Whitley» de Nueva York.

A Degas, que era en realidad un misántropo con pespuntos de avaricioso, le encantaba significarse por sus originalidades. Hacia el año 1874, dándose cuenta de que perdía vista, comenzó el aprendizaje de escultor, pero también comenzó a experimentar técnicas mixtas en las que mezclaba el óleo, la acuarela, el «gouche» y el pastel, para poder prolongar su actividad de pintor. Lo consiguió comunicando además a sus creaciones una originalidad que no tenía nada que ver con el impresionismo.

Y curiosamente en esos cuadros de última hora se dejó de las elegancias de sus obras con temas de ópera o de carreras de caballos para pintar lavanderas o planchadoras, y en esos cuadros regresó al exaltado naturalismo de «El vaso de ajeno».

El final de Degas fue tristísimo, porque tenía que caminar apoyándose en su pobre sirvienta Zoe, que le servía de lazarillo.

Auguste Renoir

Pierre Auguste Renoir nació en Limoges en el año 1841. Era uno de los siete hijos de un sastre lemosín que descendía de una familia noble.

Para complacer a su padre, Pierre aprendió el oficio artesano de ceramista que le sirvió para colocarse en una industria local como artista decorador de las piezas de cerámica.

Con los ahorros conseguidos con dicho trabajo se trasladó a París. Se amoldó al estilo de vida de la Villa Lumiere, y en ella, la gozaba visitando el Louvre para extasiarse con sus pinturas. Entre ellas se sintió atraído muy especialmente por los cuadros de Rafael de configuración femenina y más aún por los eróticos de Rubens y de Boucher.

Renoir, que ingresó en la Academia Suiza de Gleyre, fue uno de los alumnos que iba a pintar al bosque de Fointanebleu con sus compañeros y amigos Monet, Bazyle y Sisley.

En el «Salon des Refuses» de 1869, fue rechazado el cuadro que presentó, pero el siguiente fue aceptado, el titulado «Lisa y la sombrilla», que guarda el Museo de Essen y que tenía muchas influencias de la pintura de Courbet. En cambio, tenían influencias de Delacroix los cuadros que pintó más adelante, titulados «Bañistas» y «Mujer arreglándose», y que conserva la National Gallery de Washington.

RENOIR. Retrato de una modelo



Concurrió con varios cuadros a la «primera exposición de los impresionistas» en el año 1879. Entre ellos figuraba el titulado «El palco», decididamente impresionista, y que fue el primero de una serie de pinturas en las que gentes variopintas comen, beben, charlan y rien; a ella pertenecen los titulados «El Moulin de la Gallette» del Museo Impresionista de París, «El almuerzo del río» del Instituto de Arte de Chicago, y «La comida de los remeros», del Philips Memorial de Washington.

Renoir viajó por Italia, Holanda y España: y en Madrid, al igual que Manet, se enamoró de la pintura velazqueña.

Le gustaba mucho a Renoir la vida de sociedad, y por ello concurría a las tertulias intelectuales de Madame Charpentier. Asistían a ellas, entre otros, Zola, Gouncourt, Maupassant y Alfonse Daudet, y a Renoir le encantaba que le estimasen como maestro esos personajes. Uno de los tesoros del Metropolitan Museum de Nueva York es el maravilloso retrato que hizo Auguste de Madame Charpentier con sus dos hijas y un perro a sus pies.

Renoir en actitud de paganía rendía culto a la belleza de la mujer carnal exaltando sus morbideces en las carnaciones de su figuración

en las pinturas. Y lo prueban así dos cuadros, con treinta años de diferencia entre ellos: el de «Las grandes bañistas» de la «Colección Carole» de Filadelfia del año 1884, y el de «Juicio de Paris» de la Colección Henry P. Mc. Ilhenny pintado en 1914 con curiosas resonancias expresionistas.

En la última etapa de su vida estaba seriamente enfermo de reuma articular pero seguía pintando atándose los pinceles a la mano. De esa forma pintó los cuadros titulados «Durmiente» y «Saliendo del baño». En el año 1913 comenzó a esculpir y ya en el año 1917 dos importantes esculturas de tamaño natural: la «lavandera agachada» y «La Venus victoriosa». Fue también Auguste un gran amante de las flores y singular pintor de ellas.

Cuando después de ser un gran admirador de la belleza de las mujeres le llegaron las horas bajas, no tuvo los tristísimos finales de Manet y Degas. Contó con el cariño de ellas: los cuidados de su esposa, y los de sus servidoras «Gabrielle» y «La panadera», que también le habían servido en su día de modelos.

Paul Cezanne

Nació Cezanne en Aix-en-Provence en el año 1839 en el seno de una familia burguesa, puesto que su padre, de ascendencia italiana, era banquero.

Fue condiscípulo de Zola cuando hacía sus estudios de segunda enseñanza, sin ningún entusiasmo por cierto, porque ya le acuciaban sus preferencias artísticas. Por fin consiguió convencer a su padre para que le dejase trasladarse a París. También se convirtió en él en un visitante asiduo del Museo del Louvre. Ingresó para formarse en la Academia Suiza «Gleyre», donde tuvo como compañeros y amigos a Monet, Sisley y Renoir. Estando aún formándose se relacionó con la modelo Hortense Figuet, y se casó con ella.

Pictóricamente, Paul Cezanne sólo aceptó algunos de los postulados impresionistas, como eran el antiacademicismo, la supresión del claroscuro y la yuxtaposición de tonos. Y como quiera que Cezanne era autoexigente y un experimentador constante, su impresionismo resultó ser personalísimo y «sui generis». Prueba de ello es que en sus cuadros de última hora hay respaldos de un realismo exaltado tradicional: como sucede con su cuadro «El jugador de cartas», de la colección Stephen C. Clark de Nueva York, con el «Bodegón del Eros de yeso»,

de la colección londinense «Courtauld», y con él, «Bodegón de las manzanas» de la colección neoyorquina «Lille P. Bliss».

La pintura de Paul era sorprendente y prueba de ello es que en su cuadro del año 1905 «Las tentaciones de San Antonio» las formas de su figuración femenina tienen unas distorsiones tendentes al expresionismo, y en el retrato que hizo a su esposa, de la colección «Emile Burhle» de Zurich su cromatismo está conseguido con grandes manchas y su lenguaje tiene, además, resonancias cubistas.

En las arboledas densas de sus paisajes, también utilizaba manchas atrevidas, pero cuando le llegaba la hora de pintar pueblecitos, introducía ingenuismos en sus casitas, caminos, puentes y riachuelos. Así sucede con su cuadro titulado «Casa del doctor Cahet», en Auvers-sur-Oise, y en «La casa del ahorcado» del Museo del Louvre.

Cuando al final de su vida pintó el cuadro «Las tentaciones de San Antonio» volvió a distorsionar los desnudos femeninos con un expresionismo muy cercano a los destructivismos piccasianos.

Fue Paul, indudablemente uno de los pintores de la época impresionista que contribuyó en mayor medida a la «vanguardización» de la pintura actual.

Paul Gauguin

Este singular artista, que nació en París el año 1848 y que murió en las Islas Marquesas en 1903, fue como Cezanne un adelantado de la modernidad. Ahora bien, dentro de su pintura, en cambio, hay un impresionismo muy escaso sólo puede percibirse en ella tendencia a la planificación cromática y un discreto antiacademicismo.

En realidad, ese leve impresionismo llegaba a la pintura de Gauguin por el camino de las musicalizaciones cromáticas en lienzos abstractizantes con figuración integrada en ellos.

Paul fue desde su infancia un ansioso de viajar para alegrar su retina con paisajes exóticos. Pudo colocarse en el Despacho de un Agente de Bolsa, y así pudo vivir desahogadamente con la joven danesa Mette cuando se casó con ella en 1873. Le proporcionó nada menos que cinco hijos.

Gauguin fue de siempre un aficionado a la pintura. Hizo sus pinitos en ella e incluso expuso sus cuadros de autodidacta con los impresionistas. Creyó él que podría vivir con la veta de ellos cuando se produjo en el mundo una crisis bursátil que le dejó sin empleo pero se equivocó: no consiguió vender ni una sola de sus obras. Su esposa

ante ese problema familiar se marchó con sus hijos a vivir a Copenhague. Y allí se trasladó también Gauguin, para intentar vender allí sus obras, pero fracasó, con las que realizó experimentando junto a su compañero Laval, la técnica del «Cloissonnismo». Tuvo que regresar a Francia. Y allí comenzó a estabilizar su situación, porque comenzó a vender sus cuadros: los primeros fueron los de «Visión después del sermón» que se conserva en Edimburgo, y «El Cristo amarillo» de Buffalo.

En Tahití encontró todo lo que le gustaba: paisajes exóticos, mujeres hermosísimas y acordes inéditos de color. El júbilo cromático de su paleta subió allí muchos enteros, sobre todo en las obras que realizó con la técnica de tintas planas del «gouache».

Los últimos años de su vida fueron duros para él por la enfermedad pero tuvo el consuelo de haber conocido por fin el éxito. En las Islas Marquesas realizó sus mejores cuadros con resonancias abstractizantes. Entre ellos los titulados «Los senos de las flores rojas», del Metropolitan Museum do Nueva York, y el famosísimo guardado en el Museo de Boston titulado «¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos?»?

Vincent Van Gogh

Este singular artista nació realmente en la ciudad holandesa de Grool Zundert en el año 1853, pero es lógica su integración en el grupo de los impresionistas franceses, no solamente porque coincidió con ellos sino porque salvo una etapa de seis años (1880-1886) en la que vivió en Holanda, el resto de su vida discurrió en Francia, y dentro de ella sucesivamente en París, Arlés, Saint Remy, y Aubers sur-Oise. Toda una vida tan desesperanzada que culminó con su suicidio en el año 1890.

Ese fulgurante colorista que fue Van Gogh, tenía muy poco que ver salvo en lo de su rebeldía antiacadémica congénita con los postulados impresionistas. Poseía una técnica pictórica personalísima cimentada en un dibujo poderoso. Conseguía los volúmenes de las formas por medio de trazos continuos decididamente meándricos, cual circunvoluciones encefálicas.

Fue un arisco solitario, porque la vida también se ensañó con él. Místico «per natura», fue evangelista entre los mineros de Borinage, pero fue expulsado por exceso de celo. Su pintura era invendible en aquella época y pudo sobrevivir con la ayuda de su hermano Theo, que estaba empleado en la Galería Goupil de París.

A pesar de su superdotación se integró en el taller de Cormon. Se hizo amigo del grupo impresionista que le informaron positivamente en lo que se refería al tratamiento de la luz. Le subyugaron por su encanto las estampas japonesas, por lo que incorporó a sus creaciones algunas de sus inefabilidades. Todos esos hallazgos vanhogianos son perceptibles en su cuadro titulado «La pere Tanguy» que atesora el Museo Rodin.

Durante el tiempo que vivió en Arles, Vincent pintó más de doscientos cuadros que son, sencillamente, obras maestras. Entre ellos pueden destacarse los titulados «Barcos en la playa», «Girasoles», «Puente de Anglais», y el retrato de «Rolin» que se conserva en el Museo de Boston.

Cuando llega Gauguin a Arles, el año 1888, se producen entre ambos intercambios de ideas, pero también choques y enfrentamientos. En uno de ellos, Van Gogh, furibundo por su impotencia para replicar, se corta una oreja. Una acción de anormalidad mental premonitoria de su tristísimo final.

En los cuadros de última época, consiguió eliminar el claroscuro y modelaba las formas por contrastaciones cromáticas. De esta etapa son los titulados «Iglesia de Auvers», conservado en París, «La alcaldía de Auvers el 14 de Julio», del Museo de Chicago, y «Campo de trigo de los cuervos» de la colección «Van Gogh».

Toulouse Lautrec

El excepcional artista que fue Henri Marie Lautrec nació en Albi, en el año 1864. Era un superdotado congénito cuya vida y trayectoria artística estuvo condicionada por la tara física de su enanismo. Tara que le venía de haber sufrido dos accidentes: uno en Albi en 1878 y otro en Bareges al año siguiente. Su enanismo era una auténtica tara para la vida social porque tenía la cabeza grande y las piernas muy cortas. Sin embargo era de noble estirpe, porque su padre descendía de los condes de Toulouse, y su madre de una noble familia del Minervois.

Su enanismo hizo que Henrie no pudiera disfrutar de los goces normales de la vida. Su salvación estuvo no solamente en una febril actividad artística que le llevó a crear miles de pinturas, dibujos y litografías, en tan solo cuarenta años, sino también su inmersión en el alcohol y en la vida de crápula nocturna y cabaretera.

Tuvo, para su formación, maestros de la talla de Pinceteau, Bonnat y Carmon. En el taller de este último coincidió con Anquetin, Bernard y Van Gogh.

En el año 1885 se instaló en Montmartre, convirtiéndose en el cliente perpetuo del Moulin Rouge, el Moulin de la Gallette y el Murliton. En estos locales bebía y dibujaba a destajo. En ellos realizó a línea los retratos de Jane Avril, «La Gulue» y del popular «Valentin-le Dessosé».

Se hizo famoso rápidamente con sus cuadros «El baile del Moulin de la Gallette» que se conserva en Albi, y el de «Nlle. Biban al piano» del mismo museo.

Con ayuda paterna se instaló en la calle Caulaincour, donde trabajó intensamente a lo largo de diez años. Especialmente pintando carteles con tintas planas sugeridas por las estampas japonesas. También pintó los dos cuadros titulados «Jane Avril bailando» del Museo del Louvre y «las dos amigas» del Museo Albi. También realizaba como divertimento dibujos humorísticos para las revistas «Figaro» «La plume » y «Blanche». Era también un maestro dibujando del natural facetas de las carreras de caballos por impresión.

Expuso con éxito en la Galería «Goupil» de Londres, pero, destrozado por el alcohol y la vida desordenada tuvo que ser ingresado en una clínica de Neuly donde realizó con lápices de colores deliciosos dibujos circenses.

Cuando sintió cercana su muerte se hizo llevar a Mabronne junto a su madre, y allí murió en el año 1901.

La espontaneidad de sus pinturas, dibujos y carteles nos dice que el impresionismo que alentaba en ellas era mucho mayor que el perceptible en las pinturas de Manet, Degas, Cezanne, Renoir y Van Gogh.

Berta Morisot

La integración de esta artista descendiente de Fragonard, nacida en Bourges es lógica, porque aunque ella se formó con Eguinard y Corot e incluso posteriormente con Edouard Manet, del cual fue modelo, lo cierto es que en 1874, se unió al grupo impresionista aportando a su exposición en casa «Nadar» el cuadro titulado «La cuna», del Museo Impresionista de París

Es cierto que Manet influyó en su pintura como lo prueba el cuadro «La mujer ante el espejo», pero ella pugnó para librarse de esa influencia en una serie muy personal de retratos y obras intimistas.

Ella estructuraba directamente sus pinturas, extendiendo manchas cromáticas y buscando para la luz, irisaciones y musicalidades impre-

sionistas. Al final de su vida, se interesó por la pintura volumétrica de Auguste Renoir.

Eugene Carriere

Este artista francés muy amigo de Gouncourt, y con pujos de intelectual, fue un pintor absolutamente apegado al realismo tradicional decimonónico, que fue integrado por los expertos entre los pintores impresionistas por su coincidencia con ellos en el tiempo, no por que aceptase algunos de los postulados de la pintura por impresión.

Sobresalió en su tiempo por un buen retratismo y por unas «Maternidades» sentimentales que colmaban los gustos dulzones de la sociedad francesa de la «Belle Epoque».

Odilon Redon

Esta rememoración del movimiento impresionista francés, puede cerrarse con naturalidad absoluta evocando la figura del artista galo Odilon Redon, nacido en Burdeos el año 1840.

Algunos expertos le consideraron como un pintor «neoimpresionista» pero en realidad era un impresionista rezagado. Además, su impresionismo relativo se diluyó, trocándose en pintura simbolista.

Odilon Redon ganó justa fama con sus cuadros titulados «El sueño», «La apocalipsis de San Juan», y sobre todo «Las flores del mal».

La pintura de Redon fue, por decirlo así, el furgón de cola del formidable movimiento impresionista francés, que abrió las puertas de par en par a la pintura contemporánea.